

# NEOLIBERALISMO

VERSUS

# SOCIALISMO

1

El neoliberalismo es individualista. Defiende la libertad del hombre para decidir sobre su vida. Claro está que esa libertad es limitada. Se escoge entre lo que es posible y, además, deseable. Algunos pueden dormir bajo un puente o bien en un hotel de cinco estrellas. Evidentemente la primera posibilidad queda descartada. A mayores recursos económicos mayor es la libertad para elegir. El abanico se amplía.

El socialismo es comunitario. Defiende la naturaleza social del hombre. El individuo no es una isla, tiene unos vínculos que le atan con sus semejantes. El socialismo – no así el comunismo – no pretende la igualdad absoluta sino la justicia distributiva. Las rentas más bajas no pueden soportar la misma carga que las rentas más altas. A la hora de descargar un camión no se puede pedir a un muchacho lo mismo que a un hombre vigoroso.

El neoliberalismo, aunque ponga el énfasis en la libertad, no puede olvidarse de que el hombre es un “animal social”. El socialismo, aunque pone el énfasis en la justicia, tampoco puede olvidar que el hombre actúa dentro de una esfera de libertad mientras ésta no dañe a otro individuo en lo que es legítimo. Si la libertad y la justicia entran en conflicto, y debemos tomar más de la una a costa de la otra, el socialismo reduce una parte de la libertad, el neoliberalismo sacrifica una parte de la justicia. Un liberal

puede comprar una obra maestra de Velázquez para su mansión; un socialista tiene derecho a obligar que esta obra no sea quemada. La propiedad no es un derecho absoluto, tiene una función social. Un neoliberal dirá: “¿por qué tengo yo que ocuparme de los desocupados mientras no me sirvan? Cada cual se las apañe y lo que el mercado libre me dé, san Pedro me lo bendiga.” Un socialismo, más cristiano y humanitario que marxista – siempre resentido – dirá con la Biblia: “¿qué has hecho de tu hermano?”. Ambas ideologías tienen sus virtudes y sus patologías. El neoliberalismo fomenta el egoísmo, pero también el esfuerzo laborioso y el sentido de responsabilidad personal; el socialismo fomenta la generosidad, pero también la inercia y el parasitismo. El neoliberalismo crea riqueza y el socialismo la reparte. Y ambas cosas son igualmente necesarias. Sin crecimiento solamente se reparte la pobreza. Ahora bien, sin reparto aumenta la desigualdad y se reduce la igualdad de oportunidades. O sea, la meritocracia.

La educación y la sanidad son los dos puntales esenciales de una sociedad libre y justa. Pero, si deben ser gratuitas, no es posible que cada cual “pague lo suyo”. Así quienes tienen de más deben transferir a quienes tienen menos. Claro está que los tramos de ese reparto fiscal deben concretarse en la tributación. Unos pensarán - ¡es un robo! - que pagan mucho; otros - lo comido por lo servido - lo suficiente; y otros, finalmente que reciben las migajas de los Epulones. Si pudo ser verdad en el siglo XIX, hoy es un anacronismo pensar que existen solamente dos clases: ricos y pobres, explotados y explotadores. Los intereses de cada persona son múltiples. Quien tiene una relación laboral con una empresa, puede tener la esposa dueña de una tienda con empleados o bien tener un paquete de acciones. Entre las rentas más altas y las rentas más bajas existe una continuidad, una gradación de matices como en el arco iris. Siempre hay más ricos que un rico y - como en la décima del sabio - más pobres que un pobre.

Sin perjuicio de una sanidad privada, la sanidad pública de todos los ciudadanos es una misión irrenunciable del Estado. ¿Cuál debe ser la principal y cuál la complementaria? ¿Pública o privada? Vamos a suponer que un mendigo tiene cáncer y requiere pruebas costosas. Acude a un hospital privado que le reclama su tarjeta de asegurado y, al no disponer de ella, lo envía a la sanidad pública basada en los principios de universalidad y gratuidad. ¿Es esto una competencia leal? ¿Puede el Estado competir soportando el lastre de quienes no contribuyen al sistema? La sanidad privada no funciona mejor porque exista competencia entre hospitales sino

porque reduce la clientela, los pacientes, que reciben mejor trato porque son menos. O sea, son un grupo selecto, minoritario. El camarero los atiende antes porque dejan buena propina. Si el número de asociados en la medicina privada aumentase considerablemente, el servicio dado empeoraría. Puede pensarse que el Estado compensaría a los hospitales privados por el gasto de quienes no pueden costearse su salud. O dicho de otra manera:: un derecho social “de todos” se convertiría en un “bono de caridad” para unos pocos. La justicia sería sustituida por la beneficencia.

En cuanto a la educación también es una obligación ineludible del Estado. Por supuesto, una sociedad democrática debe reconocer el principio de la libertad de enseñanza. Cualquier movimiento, creencia religiosa, asociación filosófica o grupo político tienen, en virtud de esa libertad de educación, el derecho a crear centros escolares. Cada uno tiene su ideario propio. Así pueden existir escuelas católicas, mormonas, protestantes, musulmanas, ateas, anarquistas, etc. Todas ellas están amparadas por la ley del Estado. Evidentemente, no hay unas matemáticas islámicas o católicas. Sin embargo, las clases pueden comenzarse recitando el padrenuestro o bien cantando la internacional. Y bien: ¿llevarán los padres ateos a sus hijos a escuelas católicas? Y los católicos ¿permitirán que sus hijos sean educados en escuelas ateas? En la escuela pública y, por ello, laica, los niños, de cualquier credo político o religioso pueden “ajuntarse” en el patio de recreo, estirarse del pelo, pegar a una misma pelota, o cambiarse cromos. En suma, se crean lazos sentimentales, amigos “de la infancia” que saben distinguir lo esencial humano frente a lo que es accesorio. Muchas de las desavenencias proceden del desconocimiento mutuo. O sea, crecer por separado.

Por otra parte, los padres solamente son libres de escoger “la enseñanza que quieren para sus hijos” entre los centros ya existentes en un

barrio. No eligen lo que quieren, escogen lo que hay. Por supuesto, dentro de un orden. Quienes prefieren la educación escolapia frente a la jesuita tal vez se vean obligados a ir a centros situados muy alejados ... siempre que haya plazas disponibles. Y, si hay saturación, será siempre necesario establecer un baremo, una lista de preferencias más o menos justificadas. Además, la construcción de nuevos centros para cubrir el aumento de alumnos exige financiación. El Estado construye mediante los impuestos. Las escuelas concertadas deberían recurrir a créditos hipotecarios de los bancos que, si no se quieren repercutir sobre las familias, tienen que solicitar dinero al Estado. ¿Se pagará más a jesuitas, escolapios o protestantes? En suma, los neoliberales, defensores del mercado libre, saben bien que cualquier subvención a un grupo supone un agravio a otro que se cree igualmente merecedor. Y dado que los neoliberales – partidarios de la libre enseñanza – piden dinero al Estado, en realidad son socialistas que no se dan cuenta de ello. No dicen: “que la sociedad civil prescindiera del Papá Estado, nosotros nos valemos y sobramos”. La diferencia es que solicitan dinero al Estado -todos - para gastar libremente, según su interés, unos pocos. Podrá decirse, y con razón, que los padres católicos, protestantes, musulmanes, ateos, etc. también costean la educación de sus hijos y tienen derecho a recibir aquello que aportan al erario público. El concierto o acuerdo es justo en la medida en que un centro privado ahorra costos al Estado. Ahora bien, volvemos entonces al problema de la distribución equitativa de fondos - ¿quién pone más? - y, sobre todo, a la segregación del alumnado. Ya existen bastantes discordias en el mundo de los adultos y los niños son más fáciles de pelearse y “ajuntarse”.

Los padres no solamente eligen el colegio según sus creencias sino que el centro también escoge el profesorado. Un profesor ateo no puede

evangelizar “a la inversa” haciendo profesión de su fe incrédula. Debe permanecer callado, guardarse sus opiniones para su fuero interno si puede, pues tendrá numerosos dilemas en una escuela católica. Y en una escuela atea no se contratarán profesores que hagan rezar el avemaría a sus alumnos todas las mañanas. En la escuela laica no puede haber ni Marx ni Jesús. Claro está, no como “adoctrinamiento” - esto siempre se atribuye al otro – sino como una parte esencial de nuestra cultura común cualquiera que sea su valoración. Las oposiciones para una escuela pública están abiertas a todos sin importar el credo. Ahora bien, si domina una ideología ¿no será porque se busca refugio seguro en aquellas otras conformes al propio credo? Un profesor que en la escuela privada manifiesta su creencia conforme a la “orientación” cumple con el ideario del centro. Un profesor de la escuela pública que expresa creencias particulares, aunque sean tendencias dominantes en la sociedad, sencillamente incumple la ética profesional del laicismo.

En cualquier caso, el debate entre la escuela privada y la escuela pública es una polémica recurrente detrás de la cual se encuentra la financiación y la ideología en el peor sentido de la palabra. La titularidad del centro es secundaria respecto al problema esencial: educación de calidad, exigente o educación mediocre, carente de excelencia.

No suele rechazarse que alguien se vaya al extranjero para “ganar más”. Sin embargo, suscita cierta crítica que algunos se cambien de país

para “pagar menos”. Tal vez quienes han alcanzado el límite máximo de sus ingresos ya no pueden aumentar éstos sin recortar sus gastos. De ahí que “ganar más” con la emigración se entiende como una mejora personal mientras que “pagar menos” se mira como una fuga, un recorte del erario público. Sin duda afincarse en un país donde la tributación es sensiblemente inferior es legítimo. Ahora bien, ¿es ello ético? ¿No lo es? Y si no lo es ¿por qué? Aquí, como en otras cosas, el liberalismo individualista y el socialismo comunitario mantienen posiciones contrarias.

Vamos a suponer que en cierta parroquia se hunde la cúpula. Como es lógico, la restauración corre a cargo de los feligreses. Y a través de donativos – la caridad siempre es menor que la fe – no se alcanza a pagar el presupuesto. El párroco, a falta de contribuciones voluntarias, establece unas cuotas en las cuales paguen más los que más tienen. ¿Cuánto más? ¿Qué distancia debe haber entre quienes ofrendan dos palomas, como José y María en el Templo, y los que ofrecen carneros o bueyes? Ahí está el punto candente. Algunos feligreses piensan que el párroco les roba. Unos lo dicen en murmullos, otros lo gritan a los cuatro vientos. A más dinero, más decibelios. Entonces se cambian a otra parroquia donde no se ha hundido la cúpula. Sin duda es legítimo, tanto como que el párroco piense que eluden sus responsabilidades con su propia parroquia y que otros feligreses con ingresos menores sientan que deben pagar ellos más para la restauración de la cúpula. Claro está que un Estado no es una parroquia, los ciudadanos no son feligreses ni la cúpula son los hospitales, carreteras, escuelas, etc.

El neoliberal piensa siempre que el Estado – sea papá o párroco – gasta mucho y mal. Pero ¿esto es así por naturaleza o por la falta de control y rendición de cuentas? Ciertamente el socialismo – partidario de la intervención estatal en la economía – manifiesta una tendencia a la inercia

y al despilfarro. Si todo es de todos, nada es de nadie. O sea, existe un vacío lleno de irresponsabilidad en el cual “uno por otro, la casa sin barrer”. Cada individuo conoce mejor que nadie sus necesidades. Sin embargo, todo el mundo estaría de acuerdo en que una biblioteca pública no puede dividirse tocando dos o tres libros a cada lector. Aunque la compra de libros no sea totalmente inaccesible, el hecho de que haya un “fondo común”, para todos, es un principio socialista aceptado también por todos. Existen necesidades colectivas ineludibles y lo importante es determinar cuáles son éstas. Sin carta de menos ni carta de más. O sea, ni tan calvo no con dos pelucas.

¿Sufre el Estado una hipertrofia de funcionarios, como dicen los liberales extremos? ¿O más bien la administración pública es famélica, como afirman los socialistas radicales? Entre la anorexia y la bulimia tiene que haber un justo medio. El mal del empleo público es el funcionario que ha perdido con el tiempo la función. La tecnología elimina puestos de trabajo antes necesarios. La palabra “sabotaje” procede de “sabot” o “zapato” porque los obreros los arrojaban a los engranajes de unas máquinas que los condenaba al paro. Ciertamente aumenta la producción, se abaratan los precios y se crean nuevas profesiones. Sin embargo, entre las dos olas de la técnica antigua y de la técnica moderna se ahoga una generación adulta incapaz de reciclarse y de adaptarse a los nuevos tiempos. En la economía privada el trabajador que ha dejado de ser útil se le despide. Si la empresa privada no es rentable – el empresario, como es razonable, pretende ganar dinero, no hacer filantropía – corre el riesgo de quebrar, dejar a todos sin trabajo. Antes que hundirse el barco es mejor soltar lastre, despedir a unos pocos para no despedir a todos. Los parados reciben unos ingresos por el paro. Estos ingresos no son un “regalo” del Estado, sino unos “ahorros forzosos” para el caso de quedarse desempleado. En suma, como ello puede



sucedan a todos, son un seguro semejante a los seguros contra incendios. Y son “forzosos” porque quien no quisiera ahorrar precisaría la ayuda de los previsores. Las cigarras se aprovecharían de las hormigas. Mediante los subsidios, la nave del Estado recoge a los naufragados durante una crisis global de la economía.

Por otra parte, la desventaja del Estado es su rigidez, la falta de flexibilidad que posee la economía privada. En ésta el despido permite un reajuste más fácil de los recursos personales de las empresas. A costa, claro es, de esas personas y familias que viven en la incertidumbre hasta reingresar, si lo hacen, en el engranaje del mundo laboral. El Estado ofrece un trabajo “de por vida”. Si en un hospital público, debido a la informática, sobran administrativos y faltan celadores, se convocan plazas para cubrir éstos, pero con ello se incrementa el número de funcionarios pues los administrativos tienen plaza y no pueden ubicarse en los puestos de los celadores. De aquí que el Estado manifieste siempre una tendencia a crecer, aumentar los funcionarios pagados con los tributos sustraídos a la economía privada. En ésta no es preciso llegar a la jubilación para prescindir de un empleo innecesario..

El neoliberal afirma que la superioridad del mercado libre sobre la intervención del Estado se basa en que la competencia provoca una mayor eficacia. O sea, un darwinismo económico que mantendría a los más fuertes y eliminaría a los más débiles. Quienes ganan en la competencia son más competentes, hacen mejor su trabajo y, por ello, reciben su premio. Sería absurdo sostener la artesanía en contra de las fábricas que producen en serie. No es posible vivir del romanticismo nostálgico de épocas pasadas idealizadas. Los carruajes tienen pérdida la partida respecto al automóvil. Ahora bien, el socialismo democrático no aspira a destruir el mercado allí donde éste se demuestra más eficaz. Se limita a defender que el Estado intervenga para corregir sus efectos perversos, reducir las desigualdades injustas, la igualdad de oportunidades y el triunfo de la meritocracia. ¿Lo hace en la realidad? ¿Se detiene en los principios? Pues bien, como sucede con el neoliberalismo, la mejor de las partituras de Mozart suena mal interpretada por la banda que toca “Paquito el chocolatero”. No deben juzgarse las ideas por los hombres que supuestamente las encarnan en los partidos políticos.

El neoliberal piensa que “mantiene” al funcionario. Ciertamente, éste recibe sus ingresos de los impuestos recaudados. Ahora bien, todos somos productores y consumidores, el ingreso es el reverso del gasto. Si el electricista no pagase al funcionario, tampoco éste podría contratar los servicios del electricista y pagar los impuestos. El funcionario pide al electricista un buen trabajo, el electricista exige al funcionario realizar una

función útil, no superflua. No se trata de cavar zanjas y volverlas a cubrir con tierra para tener a la gente ocupada garantizando unos ingresos. No es muy difícil convenir en aquellos trabajos útiles y de necesidad colectiva. Un miembro de una seguridad privada no puede sustituir a la policía pública, tan sólo complementarla en algunos casos. Mucho más complejo es acordar lo que se considera superfluo. Quienes construyeron las pirámides hubiesen preferido más trigo en vez de realizar tumbas faraónicas que sirvan de imán a los turistas actuales. ¿Y qué diremos de los gastos superfluos de quienes levantan campos de fútbol si no les gusta este deporte? ¿En realidad se financian solamente con medios privados?

Pablo Galindo Arlés

23 de febrero de 2021